

La Botella F.C. La 11 se la juega

Daniel Baldi

loqueleg

La noche se presentaba serena y agradable. El puerto de la ciudad de Colonia, lentamente, comenzaba a poblarse con la gente que tomaría el barco de las cuatro de la madrugada con destino a Buenos Aires.

Desde el año anterior hasta el día de la fecha, 3 de febrero, los gurises de la que pronto sería la categoría de once de La Botella Fútbol Club no habían hecho otra cosa que esperar —contando cada minuto, ansiosos como nunca antes lo habían estado con nada— el momento de ese viaje. Hoy esa espera llegaba a su fin.

El que parecía haber sufrido más la espera, de los doce jugadores que integraban el equipo, era Pedro, quien había pasado el mes de enero junto con sus padres en Punta del Este, como todos los veranos. Al regresar a Colonia, de inmediato fue a reunirse con sus amigos en la playa, y no tardó en confesarles que su estadía en el balneario le había resultado interminable. Pero eso constituía historia pasada. Ahora un sueño se hacía realidad.

Con dos valijas, Jorge llegó al lugar en el auto conducido por Titina, una hora antes de la partida. Ya desde la salida de su casa, Laurita hablaba como una

radio descompuesta por la tremenda excitación que tenía. Enero y sus interminables días en la playa La Oreja de Negro habían quedado atrás. Pero Jorge tenía bien claro que allí, todos los días, se había reunido junto con los demás compañeros de fútbol para planificar lo que sería el viaje a la Argentina, ocasión en la que se enfrentarían al afamado Club Atlético River Plate en un partido amistoso.

8 Titina se despidió de su marido y su hija con un beso. Debía volver lo antes posible a su casa, donde había quedado su madre cuidando al bebé.

Laurita bajó del auto, tras besar a su madre, y salió corriendo en dirección al único integrante de La Botella que estaba en el lugar, el *Flaco* Santiago.

—¡Flaco! —le gritó en cuanto se sintió más cerca, y él enseguida levantó la cabeza.

Estaba sentado, solo, con la cola apoyada sobre un bolso y la espalda contra la pared. Laurita lo saludó con un beso.

—De los nervios que tengo me vine a las dos —le dijo el Flaco. En la mano llevaba, fuertemente apretados, la cédula y el permiso de menor.

Una semana antes del viaje, al enterarse de que Santiago tenía la cédula vencida y no había sacado el permiso de menor, Jorge debió moverse rápidamente para resolverle todos los trámites correspondientes, después de lo cual le había advertido que no fuera a perderlos, pues de lo contrario no podría asistir al viaje.

—Yo pude ni dormir —le confesó Laura sonriendo.

El Flaco miraba con ojos enormes en dirección al barco que se mecía, lentamente, al compás de las leves olas del agua aceitosa del puerto.

—Es la primera vez que voy a hacer un viaje —le comentó— y este barco me da tanto miedo...

Laura volvió a sonreírle.

—Quedate tranquilo que no va a pasar nada —le dijo, intentando calmarlo.

En ese momento dos luces alumbraron el camino anunciando la llegada de Magú, Mandarinó y el Enano, quienes ni bien bajaron del auto de los padres de Magú, salieron corriendo eufóricos hacia donde se encontraban sus compañeros.

Y así, poco a poco, la categoría fue completándose. Detrás de estos últimos habían llegado el *Negro* Ramiro y los Melli; tras ellos Pegajoso y, por último, ya casi sobre la hora, arribó Matías con su padre, Raúl, quien también viajaría (Jorge le había pedido que fuera para ayudarlo con la delegación). A cada uno que iba sumándose, Jorge lo recibía preguntándole por la documentación.

Solo faltaban el *Gordo* Joaquín y Pedro, lo que a Laura, consciente de la expectativa que su amigo tenía con el viaje, le había empezado a preocupar. Finalmente, llegó el Gordo. Abrazado a la cintura de su madre, que conducía la moto, atravesó la entrada a toda velocidad hasta donde estaban sus otros compañeros. No bien los vio, el arquero de La Botella se precipitó hacia ellos, olvidándose del bolso y de

despedir a Mercedes; pero a la mitad del trayecto, su madre lo llamó y tuvo que pegar la vuelta.

Con la presencia del Gordo en el puerto, la categoría estaba casi completa. Pero seguía faltando Pedro.

Jorge miró su reloj; se habían hecho las tres y treinta y cinco. De entrecejo fruncido, les ordenó que comenzaran a hacer la fila frente al mostrador, donde un señor les entregaría los pasajes, luego de mirar cédulas y permisos.

Nervioso como pocas veces había estado en su vida, Pedro se había ido a acostar tan desvelado que creyó que no podría pegar un ojo en toda la noche, pero finalmente se quedó dormido, y recién despertó cuando su madre irrumpió en la habitación.

—¡Pedro! ¡Apurate! El despertador no sonó y son las cuatro menos diez —gritó Magdalena, e inmediatamente lo dejó para irse a cambiar.

Atónito, Pedro no sabía por dónde empezar. Lo primero que sintió fue una soberana angustia, que enseguida pasó a ser desesperación. Aturdido de pies a cabeza, saltó de la cama, tomó el bolso (por suerte lo había dejado pronto el día anterior) y sin más se largó a llorar. Cuando salió del cuarto, se encontró con su madre corriendo por el pasillo con las llaves del auto en la mano.

—Dale que podemos llegar a tener suerte —lo animó ella, intentando llamar a Jorge con su celular, mientras encendía el auto.

Pedro la siguió, sin dejar de llorar, entre diferentes tonalidades de sollozos y gimoteos que lo obligaron a

usar su inhalador. Magdalena enfiló con el auto a toda velocidad por las deshabitadas calles de Colonia en dirección al puerto. Miraba a cada rato la hora en su reloj pulsera y, sin despegar las manos del volante, seguía intentando comunicarse con Jorge. Al fin escuchó su voz...

—¡Jorge! —le gritó inmediatamente— soy Magdalena, estoy llegando.

12 Pedro de golpe dejó de llorar para mirar atentamente a su madre en busca de un gesto de esperanza. Cuando cortó, Magdalena miró a su hijo con aire triunfal.

—El barco está retrasado —le anunció enmarcando una sonrisa.

Entonces, Pedro dejó escapar una interminable bocanada de aire, al tiempo que su pulso se regularizaba.

Magdalena pasó por la casilla de seguridad del puerto. Sin esperar a que el guardia la autorizase, siguió a toda velocidad hasta la dársena donde reposaba, inmóvil aún, el *Eladia Isabel*.

Cuando los vieron llegar, Jorge les hizo señas para que se aproximaran. Luego de que Magdalena estacionara el auto sin preocuparse de si era o no un lugar adecuado para hacerlo, Pedro, a punto de largarse a llorar, pero esta vez de alegría, salió corriendo hacia el encuentro con Jorge y lo saludó muy cariñosamente. Pero este enseguida decidió preguntarle por la cédula y el permiso de menor y las palabras de su entrenador causaron en él un impacto igual al de un golpe de boxeador en la mandíbula, echando por la borda su esperanza. Entonces sí, Pedro se largó definitivamente a

llorar. Ante el apuro de la salida, tanto él como su madre habían olvidado agarrar el permiso que, ahora lo recordaba, habían puesto sobre la mesa del comedor, debajo de la frutera.

Magdalena se unió a ellos, y al ver que su hijo estaba llorando frunció el entrecejo, sorprendida.

—¿Qué pasa, mi amor? —le preguntó, mientras Jorge seguía a ambos con la mirada, apenado por lo doloroso que debería ser ese momento para el niño.

—Nos olvidamos del permiso de menor —balbuceó Pedro, sin poder creer aún que se perdería el viaje por un simple descuido.

Magdalena sonrió.

—No, cabeza hueca —le dijo en tono jocoso— me acordé antes de salir y lo tengo en la cartera.

—¡Fantástico! —exclamó Pedro y se dejó abrazar por la felicidad que le producía que nada ni nadie pudieran ya dejarlo fuera del tan ansiado evento.

Realizó el trámite migratorio a toda velocidad y, ya con su pasaje en mano, se despidió de su madre, cuando los altavoces del puerto anunciaban que el barco zarparía en cinco minutos. Acompañado de Jorge, transitó la rampa que los conduciría al interior del barco, imaginándose Buenos Aires y el estadio monumental del Club Atlético River Plate. Con la sonrisa que se había instalado en su rostro, entró al barco, donde sus compañeros le dieron la bienvenida con una marea de aplausos y ovaciones.